

20 de febrero de 2012

Las exigencias que se derivan de la recaída de la economía española

Publicado en El Nuevo Lunes

José Luis Malo de Molina, director general del Servicio de Estudios del Banco de España

Después de una frágil y vacilante recuperación en 2010 y primera parte de 2011 y tras más de cuatro años de propagación de la crisis financiera internacional, en 2011 la economía española se vio arrastrada a una recaída, cuando apenas había logrado salir de la más grave recesión de las últimas décadas. Es la primera vez que la economía se enfrenta, en medio de una recesión larga y profunda, a la experiencia de la recaída, el temido *double dip*, y lo hace en medio de unas condiciones particularmente adversas como consecuencia de la inestabilidad financiera del área del euro, de los altos niveles de paro alcanzados y del inexistente margen de maniobra para el manejo de los instrumentos tradicionales de estabilización de la demanda agregada. La política monetaria común ha desplegado ya prácticamente todo su posible potencial expansivo y la política fiscal se encuentra constreñida por la imprescindible consolidación fiscal, que es esencial para recuperar la confianza de los inversores, de los organismos internacionales y de los propios ajustes económicos domésticos. Se trata de una situación que plantea riesgos y retos considerables.

Uno de los aspectos más notorios de la gravedad de la situación por la que atraviesa la economía española es la continuidad del proceso de destrucción de empleo y de aumento del paro. Ni una ni otra variable han llegado a estabilizarse y mientras no se alcance un suelo en la destrucción de empleo será muy difícil que se generen expectativas capaces de sostener la recuperación de la demanda. Abrir una vía de respiro a la situación laboral mediante medidas que faciliten la contratación y la estabilización de las plantillas con unos niveles de costes salariales compatibles con la competitividad de las empresas es fundamental para el cambio de tendencia de la economía española, sobre todo si se tiene en cuenta que la recaída se produce desde niveles de paro muy elevados y cuando la corrección inmobiliaria no ha concluido, como demuestra la trayectoria descendente de demanda, precios e iniciaciones de viviendas. La reanimación del empleo resulta también crucial para la recuperación de la confianza de los inversores internacionales y de los agentes económicos domésticos porque son conscientes de la fragilidad que para la economía española supone el deficiente funcionamiento del mercado laboral.

La tarea de enderezar los desequilibrios acumulados en el terreno de la competitividad va más allá de las mejoras necesarias en el mercado de trabajo y abarca un amplio conjunto de reformas estructurales que deben permitir aumentar la capacidad y la flexibilidad de la oferta. La relevancia de esta vía de actuación se ve incrementada por el hecho de que la

reanudación del crecimiento tenga que hacerse en una situación en la que resulta imprescindible reducir el alto nivel de endeudamiento tanto público como sobre todo privado, por lo que el crecimiento en el futuro inmediato deberá ser poco intensivo en el uso de recursos ajenos y basarse sobre todo en el aumento de la capacidad de generación de recursos internos de las empresas a través de la contención de costes y el saneamiento de balances.

Este panorama configura un margen muy estrecho para la actuación de los agentes y de la política económica. En circunstancias como las actuales, en las que muchos sectores, empresas y, sobre todo, familias atraviesan dificultades que pueden afectar a sus posibilidades de futuro, más importante que afinar en el diagnóstico de corto plazo, que está rodeado de mucha incertidumbre, es identificar con claridad el rumbo que hay que seguir para salir de la crisis y la orientación de la política económica necesaria para conseguirlo. Una idea esencial es que el norte al que debe apuntar la brújula de la política económica es el mantenimiento de la economía española en la corriente central europea, que ha sido el rumbo que ha permitido la modernización de la economía española en las últimas décadas y la consecución de un régimen de estabilidad y un aumento del bienestar sin precedentes en la historia económica reciente. En las condiciones actuales, el seguimiento de ese rumbo implica asumir todos los requerimientos que se derivan de la necesidad de estabilización del euro, entre los que se encuentra, como país miembro de la moneda única, la necesidad de proseguir con una estrategia de consolidación fiscal y de reformas estructurales.

Esta estrategia es la que permite dar respuesta a las fragilidades propias que han emergido y resolver los problemas de confianza que amenazan con bloquear a la economía y desbaratar los avances conseguidos en las últimas décadas. No es cierto que la consolidación fiscal y las reformas estructurales haya que hacerlas para calmar los mercados o las exigencias de los socios o las autoridades europeas. Es verdad que los mercados cometan excesos en todas direcciones. Exageran la bonanza. Agravan la desconfianza. Y a veces pueden reducir los márgenes de maniobra, acortar los tiempos disponibles y, en el límite, poner en marcha círculos viciosos de expectativas negativas que pueden tender a autorrealizarse. También es verdad que los fallos de la gobernanza europea se han podido traducir en movimientos pendulares desde la complacencia hasta el apremio exigente a los países con problemas. Pero, más allá de lo enojoso que puedan resultar estos hechos, la consolidación fiscal y las reformas son imprescindibles para enderezar los fundamentos cuando se han acumulado los desequilibrios ya mencionados, que incorporan elementos de insostenibilidad.

Desde el punto de vista de la gestión de la política económica resulta contraproducente plantear las reformas como una exigencia externa porque impide que los agentes perciban los beneficios intrínsecos que se derivan de las mismas y porque debilita la capacidad de movilización de los esfuerzos sociales a corto plazo. En el límite, este planteamiento tan extendido en algunos medios, podría llevar a pensar que sin la presión externa serían posibles otras salidas menos exigentes a corto plazo y fomentar una huida hacia delante de consecuencias perniciosas. También es erróneo plantear los esfuerzos necesarios de austeridad y ajuste en contradicción con el impulso del crecimiento. Por el contrario, dichos esfuerzos son la semilla de una reanudación del dinamismo en consonancia con nuestro potencial de crecimiento que volverá a fructificar como ya lo hizo en el pasado en

circunstancias de dificultades similares. La experiencia demuestra que cuando se toman medidas y se hacen las reformas es cuando se puede recuperar la confianza y hacer que los mercados descubran que sus expectativas negativas no estaban fundadas.